

# LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sahemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

## ¿QUÉ HAY QUE TEMER DEL CONCILIO?

Hace mas de un mes que en la católica revista francesa *le Correspondant* se publicó el notable artículo á que se referia el último párrafo de la crónica del núm. 35 de este semanario, y todavía no se ha olvidado la honda sensacion que produjo. No lleva firma, pero se atribuye generalmente al príncipe de Broglie ilustre compañero de Montalembert, Falloux y de otras celebridades de la misma escuela, de cuyas opiniones políticas se podrá disentir, mas no rehusar gratitud y respeto á sus servicios religiosos. De extraordinarios elogios y de malignas insinuaciones fué á la vez objeto, y los unos y las otras han escitado á porfía mis deseos de conocerlo y de darlo á conocer. En estos tiempos de ansiedad y alarma basta un ligero aplauso ó la intencionada recomendacion del enemigo para sembrar entre los amigos recelos y desconfianzas; y á medida que mas resultado obtenga en el campo de los creyentes ese pérfido stratagemá, con mayor habilidad é insistencia se empleará. Semejante criterio de suspicacia no cabe sino en los que carezcan de nociones exactas de la verdad y del error segun las definiciones de la Iglesia, ó presuman anticipar á ellas en los puntos controvertibles su juicio privado. Y de tales católicos hay hartos por desgracia, tímidos á la vez que violentos, soñando traiciones, vaticinando caidas sobre todo desde la del P. Jacinto, complaciéndose al parecer en ha-

cer en derredor suyo soledad y aislamiento y en repudiar por simples diferencias de partido á dignísimos hermanos. Que el mundo recele del concilio, en su lugar está confesando su propia flaqueza; pero que de la accion del espíritu de mundo sobre el concilio teman los hijos de la Iglesia, agravio les á su celestial prerogativa.

Algo parecido sucedió con la pastoral colectiva de los obispos alemanes reunidos en Fulda, que á propósito copié íntegra en el núm. 32. Anuncióla la prensa anticatólica como una amenaza de rompimiento ó por lo menos como un manifiesto de desconfianza respecto de la Santa Sede; alarmáronse con sobrada facilidad algunos fieles; pero en breve demostró su lectura la admirable unidad y adhesion de los miembros á su cabeza. Así espero se verificará con el artículo del *Correspondant*, que en extracto habré de presentar por exceder tres veces su estension á la de este semanario. Espongo simplemente, no prohijo sus apreciaciones todas; y deploro la triste necesidad, si es que la ha habido, de que la prensa se ocupe anticipadamente, aunque sea con el mas esquisito tacto, de la conveniencia de tales ó cuales definiciones y del modo y forma en que hayan de pronunciarse. Pero es imposible no tributar homenaje á la elevacion de ideas, á la rectitud de miras, á la atractiva elocuencia, á la digna moderacion que en ese trabajo presiden, poniéndolo verdaderamente á la altura del asunto. No es

este, no, el lenguaje del *hipócrita*, del *janse-  
nista*, del *soberbio*, cual á esos insignes y  
constantemente aunque no infalibles campeones  
del catolicismo se permite calificar una turba  
de escritorzuelos que se llaman católicos, por  
cuya fé hace temblar mas lo poco caritativo  
de sus sentimientos que por la de sus adver-  
sarios las aventuradas doctrinas que les im-  
putan.

Después de indicar en un magnífico preám-  
bulo la solemne espectación del orbe ante el  
próximo concilio, precedido de tantos otros en  
el trascurso de quince siglos bajo circunstan-  
cias tan diversas; después de observar la per-  
pétua juventud de la Iglesia, contemporánea  
de todos los siglos y ciudadana de todos los  
pueblos, que con la cabeza en el cielo y los  
pies bañados por la corriente de las genera-  
ciones respira el aire que vivifica la tierra,  
conservando su unidad en medio de tan pro-  
fundos cambios políticos y sociales; después  
de pagar su deuda de gratitud á la firmeza y  
perspicacia del gran pontífice, que para su-  
perar los obstáculos físicos y morales opuestos  
á la realización de su vasta empresa ha sabido  
emplear las dos fuerzas modernas del vapor y  
de la opinión pública, y cuya ingenua y pia-  
dosa confianza ha visto mas allá que la pru-  
dencia de la mundana sabiduría; señala los  
temores que circulan y que explota con arte la  
prensa irreligiosa acerca de dos graves defini-  
ciones: 1.º de que se concentre en el jefe de  
la Iglesia el poder erigiéndolo en absoluto;  
2.º que mediante la condenación de ciertos  
principios político-religiosos que forman la  
base de las modernas constituciones no se  
ponga en pugna la Iglesia con la sociedad ci-  
vil. Alarmas que no pasan de suposiciones,  
atendido el secreto inviolablemente guardado  
hasta aquí acerca de las materias que se pro-  
pondrán á la asamblea ó que surgirán de su  
iniciativa.

Ante todo el autor como seglar, consagrado  
á defender la fé sin pretensiones de comentarla  
ni definirla, protesta de su incompetencia en  
cuestión tan árdua cual es la infalibilidad  
dogmática del pontífice, esquivando á la vez  
las injustas prevenciones del añejo galicanis-

mo contra la corte de Roma y las violentas  
censuras de ciertos modernos doctores contra  
las mas gloriosas eminencias de la iglesia de  
Francia en el siglo XVII. Supuesto que la  
infalibilidad del concilio sin distinción de es-  
cuelas está de comun acuerdo reconocida,  
¿hay mas sino deferir á la decisión que emita  
sobre dicho asunto, si juzga oportuno emitirla?  
No está naturalmente en la índole de las asam-  
bleas abdicar sus prerrogativas, ni se lo con-  
sentiría el Espíritu Santo que la dirige. Allí,  
donde los dogmas no se crean sino que se  
reconocen y declaran, no se procede como en  
los parlamentos por mayorías relativas ó ab-  
solutas; se requiere unanimidad tal en los  
decretos, que puedan ser reputados por obra de  
la Iglesia entera. Si el concilio declara la infa-  
libilidad del papa, por esta declaración habrán  
de pasar los que creen en la infalibilidad del  
concilio.

Hay quien nada temería del fallo subsi-  
guiente á un maduro examen, pero recela  
de no sé que aclamación entusiasta arrancada  
desde el primer día por sorpresa á la piedad  
filial de los obispos, que con prevista espon-  
taneidad ofrecerán al santo padre lo que este  
por delicadeza se abstenga de reclamar. Ni la  
historia ni el carácter de los concilios se pres-  
tan á estas denigrantes sospechas de combi-  
nadas escenas y golpes de teatro. Definir una  
opinión es condenar la opuesta, y condenar  
es la atribución mas terrible y delicada de los  
jueces de la fé. Para reprobar á Arrio, á Pe-  
lagio, á Lutero, se ha discutido seriamente y  
pesado aun las palabras, ¿y no se discutiría  
antes de reprobar á Bossuet? Y luego, no  
bastaría aclamar vagamente la infalibilidad del  
pontífice, sin precisar los casos y las condicio-  
nes en que habla como jefe de la Iglesia, y  
sin resolver las cuestiones que se agitan entre  
sus mismos defensores. Mas aun, proclamar  
infalible al papa es proclamar infalibles á sus  
antecesores desde el origen del pontificado; ¿y  
cómo apreciar debidamente sus actos en la  
region de la historia y de la conciencia y  
discernir sus caracteres, faltando una norma  
segura que solo puede nacer, y no sin difi-  
cultad, de una detenida y exacta definición?

¿Qué de susceptibilidades y alarmas en los gobiernos, qué de imputaciones de parte de los enemigos de la Iglesia, qué de imprudencias tal vez en algunos exagerados amigos, si recayese por ejemplo este augusto sello de infalibilidad sobre las pretensiones de los papas de la edad media respecto de los soberanos! Puede manifestarse por aclamacion ¿quién lo duda? la inspiracion del Espíritu divino; pero su asistencia es sobrenatural, no milagrosa, y no dispensa de las investigaciones del estudio ni de las reglas de la prudencia. Y á la prudencia de Pio IX se añade su gran corazon, que no admitiria un homenaje parecido al de las serviles democracias para legitimar con su ruidoso plebiscito una dictadura impuesta de antemano. Si tal fuera su ambicion, si no hubiese calculado como un príncipe humano mas que el interés de su poder y de su grandeza, hubiera dejado las cosas como han corrido durante trecientos años, concentrada exclusivamente en sus predecesores la autoridad dogmática y la gubernativa, cerradas en Trento para siempre al parecer las puertas de los concilios, sin reclamacion ni queja de nadie y casi sin posibilidad de entrever otra perspectiva. ¿Qué pueden añadir cualesquiera declaraciones conciliares al esplendor y á las facultades de la Santa Sede? El autor deplora con harta viveza tal vez, citando al irrecusable Fenelon, la interrupcion tan larga de aquellas augustas asambleas, que cesando de asociar los obispos al pastor supremo en las declaraciones de fé los reducía á intérpretes de un pensamiento soberano, á meros órganos de trasmision, á ecos de una voz magestuosa pero única en la Iglesia, y convertía en centralizado imperio la monarquía verdaderamente fraternal fundada por Jesucristo, en que la cabeza no recibe de los miembros menos vida que la que les comunica. Y si por esta brecha, añade, no han penetrado los abusos, es que bajo del amparo del Altísimo está la libertad santa de la Iglesia no menos que su fé, y que son incommovibles las bases de su constitucion divina.

No seguiré al autor en sus quejas contra el ultramontanismo práctico de ciertos doc-

tores de la prensa, tan ardientes é indiscretos como prudentes y reservados son los verdaderos doctores de la escuela romana, que confunden lo que Roma distingue, que convierten la sumision en servilismo y en anodamiento el amor filial de los católicos, que llevan hasta la ridiculez sus exageraciones desaprobadas mas de una vez por la santa sede. Asoman aquí recriminaciones que aunque sean provocadas hubiera convenido sofocar cristianamente. Prométase enhorabuena que en vista de la generosa iniciativa de Pio IX se convocarán en adelante mas amenudo los concilios, y que una vez que se han demostrado todavía posibles continuarán para siempre necesarios; forme votos para que la asociacion de los obispos al pontífice obtenga en los intervalos una representacion perenne, dándoles una parte en la administracion ordinaria que hasta ahora por una necesidad casi inevitable se halla estancada en el clero italiano, y que allanadas ya las barreras y aproximadas entre sí las naciones, conviene que reclute indistintamente de cualesquiera paises su personal. En la expresion de tales deseos no veo inconveniente mientras no tomen el carácter de exigencias.

Versa la segunda parte del artículo sobre los conflictos que podría suscitar entre la Iglesia y los estados modernos la condenacion de ciertos principios políticos que han tomado estos por bases constitutivas. Semejantes conflictos en ningun tiempo han podido evitarse, y por mas escrupulosamente que se deslinde la jurisdiccion eclesiástica de la civil, siempre surgirán cuestiones mixtas, permanente origen de litigios y querellas, no mas numerosas, no mas hondas y sí menos sangrientas en nuestro siglo que en los pasados. Para terminarlas ó prevenirlas mediante recíprocas concesiones no hay intervencion mas eficaz que la de los obispos al rededor del solio pontifical; á ellos se debe el desvanecimiento de muchas malas inteligencias y la interpretacion de varias encíclicas en sentido tranquilizador, como sucedió con la de Gregorio XVI tan alarmante para los fundadores de la constitucion belga, y recientemente con el *Syllabus*

cuyas esplicaciones dadas por el episcopado francés, resultaron satisfactorias para los pueblos, sin atraerse la desaprobacion de la santa sede. Y es que entre el lenguaje del papa y el de los prelados hay la misma diferencia que entre el científico y el comun, entre los principios absolutos y su aplicacion particular. Los papas dirigiéndose á la cristiandad entera emiten en general su pensamiento sin atender á excepciones de localidad y de circunstancias; los prelados como intermediarios naturales lo traducen por decirlo así y hacen comprender á sus diocesanos. Siempre ha sido así; solo que con la rápida publicidad de nuestros tiempos el texto se anticipa al comentario, y puede causar inquietudes antes de que fijen su verdadero sentido los únicos intérpretes autorizados.

No podrá esto suceder respecto de las decisiones ecuménicas tomadas de mancomun entre el cuerpo episcopal y su gefe supremo. Allí concurrirán pastores franceses, belgas, ingleses, americanos, que conocedores de las necesidades y hasta de las prevenciones de sus respectivos pueblos, sabrán evitar toda palabra dudosa, todo pretexto de perturbacion. Procedentes de las opuestas estremidades del globo, sin haberse visto jamás, sin entenderse apenas, unánimes convendrán en cual sea la condicion mas indispensable y el apoyo mas seguro en lo humano para su respectiva iglesia; unánimes responderán que es su santa libertad, cimentada y garantida por el derecho comun. En ella mas que en la proteccion de las potencias europeas confian los católicos orientales, siempre postergados por la via del privilegio á los cismáticos rusos y á los protestantes anglicanos. A ella deben los de América sus catedrales, sus escuelas, sus incesantes esfuerzos llegados del viejo mundo; en alas de ella se han derramado las semillas de la fé por sus desiertos, por sus bosques, por sus ciudades improvisadas. Ella vence en Inglaterra al protestantismo obligándole á ceder poco á poco sus privilegios y á aliviar la suerte de la católica Irlanda; mientras que en Prusia y Rusia, donde se le cierra la entrada, la herejía exaltada por el despotismo ni aun tolera la presencia de su rival. Los vacíos asientos

de los obispos polacos en el seno del concilio pregonarán las esclencias de la autocracia. Y en cuanto á los estados católicos, si católicas pueden ya llamarse Austria, Italia y España, donde se disputa al clero no solo sus bienes y antiguas preeminencias sino hasta la observancia de los concordatos, carece por hoy la Iglesia de otro escudo que el de las libertades públicas; y cuando la lucha cese, no espere-mos ver ya renacer el Austria de María Teresa ni la España de Felipe II ó siquiera la de Carlos III: en el uso mas activo de dichas libertades habrán de buscar la reparacion de sus pérdidas y quebrantos. Entrar con valor en la via constitucional, disputar á los falsos liberales el ejercicio de las diversas libertades de eleccion, de imprenta, de asociacion, y sobre todo no confiar mas en la proteccion de un emperador absoluto, he aquí los consejos que ha dado á sus fieles el heróico obispo de Linz despues de resistir intrepidamente á las nuevas leyes del imperio.

No hay que hablar de Francia, donde puede estar ya desengañada la fraccion católica que esperó obtener mas de las concesiones del César que de los constantes esfuerzos de su propia actividad, donde voluntarios ó forzados no hay católicos que no sean liberales, pues liberal es todo el que se sirve de las libertades que tiene para obtener las que le faltan. Y prosigue el autor:

¿Qué queremos concluir de esta rápida reseña y del uniforme espectáculo que ofrece? que el régimen de libertad y de derecho comun, á que se hallan hoy sometidas las sociedades y las iglesias, sea el mas perfecto, el mas puro, el mas excelente que pueda la humanidad concebir ó disfrutar? que sea la realizacion de lo ideal ó la reconquista del paraíso?... Lejos de nosotros esas pueriles exageraciones. Si la sociedad moderna tiene el necio orgullo de proponerse por modelo, ilusion es que jamás hemos lisongeado y castigada cruelmente con las inquietudes y males profundos que la afligen. Lo que deducimos es que ese régimen es la ley providencial de nuestros tiempos y la prueba á que Dios se digna someter el mundo y la Iglesia. Bajo todos conceptos la libertad es la gran prueba de las instituciones lo mismo que de los caracteres; por ella pasa hoy la Iglesia que por tantas otras ha pasado. De pronto sufrió la prueba terrible de la persecucion, luego la del cisma llena de angustia y de trastorno, mas tarde la de la prosperidad enervante y corruptora; llegado le ha por turno la prueba viril y militante de la libertad. Y la resistirá como ha resistido á las anteriores; ni la fuerza la venció, ni la contaminó el favor á la

una y al otro renunciará, lo que es mas difícil. Y así como tomando en sus manos el poder al hundirse el antiguo mundo, ella corrigió sus excesos y purificó su principio, ahora sirviéndose de la libertad en medio del trastorno del mundo nuevo la moralizará y rectificará.

Dispuestos á aceptar las condiciones de los actuales tiempos con sumision y hasta con gratitud á la Providencia, el anónimo campeón y sus amigos, para combatir con honor y con alguna esperanza, solo piden que se desvanezcan los recelos y prevenciones de la moderna sociedad, no colmándola de cumplimientos inmerecidos, sino poniendo en evidencia la lealtad de los católicos y la sinceridad de sus intenciones respecto de las libertades que no son incompatibles con sus creencias. Y para esto conjuran al episcopado francés, y por su conducto al del orbe entero, á que sin inmolar en un ápice los derechos de la eterna verdad, acerquen á ella, disipando desconfianzas, la gran sociedad de la cual han sido hijos primero que pastores, y que fatigada de dudas y combates necesita de bendiciones mas que de anatemas. Claro está que esas instancias y recuerdos, mas bien que á los obispos que no las necesitan por cierto, se dirigen á la misma sociedad cuyas inquietudes, unos por aversion al catolicismo y otros por mal entendido celo, se complacen en escitar.

¿Qué hará el concilio? Altas y magníficas esperanzas coloca en él el eminente publicista. Atraer á la unidad católica las adormecidas razas de Oriente, los activos y laboriosos hijos de Lutero y Calvino avasalladores del universo, los judíos esplotadores del mismo y ansiosos de regenerar las creencias que se les escapan; restaurar las grandes verdades sofocadas por un renaciente materialismo y salvar la razon no menos amenazada que la fé; recordar los eternos principios de justicia y del derecho de gentes, condenando la usurpacion, los abusos de la guerra y los horrores de la esclavitud; realzar el trabajo, la ciencia, el comercio y la industria para que en cambio miren al cielo; abrir camino á la reforma moral de los pobres mejorando su condicion material y hacer penetrar en los talleres la santa tregua de los domingos; predicar la instruccion y combatir la ignorancia *origen*

segun un papa *de todos los males* ¡qué vastas empresas, qué inmensos horizontes abiertos al cielo y sabiduría de la asamblea! Que se haga dueña hasta de la admiracion de los incrédulos como augura el articulista, no me atrevo á esperar tanto por mi parte, porque en la naturaleza del impio está *despreciar en último extremo y blasfemar de lo que ignora*; pero el mayor consuelo está en que sea ya dueña por anticipacion, trate de lo que trate y decida lo que decida, «de la adhesion completa, respetuosa, alegre, unánime; de los creyentes católicos de toda escuela; de toda lengua, de todo país.» Quien así termina, no lo dudo, demuestra, y probará de hecho si es menester, que la humilde docilidad de su fé está aun por encima de la altura de su talento.

J. M. O.

#### POLÍTICA DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS.

CUARTA CARTA DE D. VICENTE DE LA FUENTE.

Madrid 12 de noviembre de 1869.

Mi siempre querido amigo: Si yo me llamara Ciceron principiaria esta carta diciendo: *Diuturni silentii, fratres conscriptores, quo eram his temporibus usus non timore aliquo sed partim dolore partim verecundia, finem hodierna dies attulit.* Pero libreme Dios de hablar latin, ni menos de escritores clásicos paganos, que bastante tiene uno que roer con su propia conciencia sin meterse á ser *gusano roedor* de las ajenas. Y por lo demás, crea V. que lo del dolor y la vergüenza es exacto al pié de la letra, y de lo primero darán fé las aguas de Albama, que si no hablan *murmuran* como todas las corrientes; y en cuanto á la segunda peor es meneallo, y para verdades el tiempo.

Pagado ya este homenaje á la retórica y á la filosofía; á la primera, poniendo un exordio, á fin de hacer á los oyentes atentos, benévolos y dóciles, como prescriben Quintiliano y otras personas decentes; y á la moderna filosofía del *yo*, hablando á todos acerca de mi persona (si le parece á V. que debe ponerse *humilde* añádalo, siquiera por el bien parecer); entro en materia á riesgo de hacer un *artículo-carta*, cuyo exordio sea mas largo que la di-

sertacion, como suele suceder en las de los opositores que lo llevan aprendido.

No hablaré á V. de la salida del honrado Topete, ni de la estancia de Serrano en palacio, ni de la queda de D. Juan, ni de los progresos retóricos de Tomasio, que al fin cuando yo le hablaba á V. de Ciceron y Quintiliano por algo sería. Toda esta política podria calificarse á la *gruesa ventura*, como dice el código de comercio, si no fuese política menuda y á propósito solamente para la venta al por menor. Parece algo en esto á la harina que venden ahora los fabricantes, que tiene mas polvo de arena que polvo de trigo, y el pan que se *realiza* (1) con ella hace rechinar los dientes. Dejando pues á un lado todo lo relativo á las partidas Prim-Topé-Serranas y otros excesos, hablemos de nuestro pleito.

Principiaré por decir á V. que al pié de los artículos *Escuelas político-católicas* y *Defecciones y extravíos* ponga mi nombre y apellido de letra de mano, ya que no puede ser de otro modo. Me temo que con ellos no haya V. dado gusto á ciertos señores, pero á buen seguro que le importará un bledo, si ha dado gusto á Dios, á los hombres de bien y á los católicos no políticos entre los cuales me cuento yo al menos por ahora, pues al fin nadie puede decir de esta agua no beberé.

Pero sobre este punto de la política católica, tan francamente abordada por LA UNIDAD CATÓLICA, tenemos por aquí no pequeños desacuerdos entre los católicos, y justo es diga á V. algo sobre este particular, á guisa de *correspondiente*, que escribo á provincias lo que por Madrid *se pasa*, aun á riesgo de que al volver de provincias á Madrid sea ya cosa pasada.

A nadie que razone un poco le debe estrañar que sobre estas cuestiones haya divergencias aun entre los católicos. En puntos muy importantes de teología y de moral no están de acuerdo las escuelas. Los Tomistas, los Escotistas, los Suaristas y otros no concuerdan acerca de varias teorías, que la Iglesia no ha querido decidir ni probablemente decidirá, dejando ancho campo á la controversia; ¿porqué pues nos hemos de estrañar de que en cuestiones prácticas y relativas á la vida social no todos estemos de acuerdo?

Despues de haber convenido en que la Asociacion de católicos no es política, ni debe ser política, ni puede ni debe *hacer política de partido* y mucho menos *personal*, de pronto se han levantado dudas

respecto á esta materia; y ahora se inicia un movimiento distinto, diciendo que el catolicismo debe ser político, que el catolicismo debe estar en todo y animarlo todo y por consiguiente la política. Y si el catolicismo ha de ser político ¿podrá dejar de serlo la Asociacion de católicos?

Apresurémonos á decir que la Junta directiva de la Asociacion nada ha dicho, ni tampoco las provinciales, donde están establecidas, y que esta es una cuestion en que cada cual es dueño de pensar á su gusto.

Previas estas advertencias, ó como decimos ahora *salvedades*, entremos en una cuestion formulada en esas palabras: *¿Debe el catolicismo ser político?* Yo no trato de resolverla; ¡Dios me libre de semejante tentacion! sino solamente de hacer algunas observaciones.

Y por cierto la primera es, que no se entiende bien lo que con eso se quiere decir, y es muy arriesgado disputar sobre cuestiones cuyos términos no son claros ni están bien deslindados. Por ese motivo sucede algunas veces estar disputando largo tiempo sin entenderse personas que en el fondo de la cuestion están acordes. ¿Qué quiere decir *ser político* ó hacerse político?

Además la política puede ser de accion ó de resistencia, activa ó pasiva, agresiva ó defensiva. ¿Vamos á ser políticos de todas estas políticas, ó solamente de alguna ó algunas de ellas? Y si solamente de algunas ¿cuáles serán estas? Si se trata solamente de una política defensiva de los derechos é intereses del catolicismo, de oponerse á la propagacion de los errores dogmáticos, á los progresos del protestantismo, á las teorías anticatólicas condenadas en el *Syllabus*, en ese caso se dice una vulgaridad. La defensa es de derecho natural, y la agresion es á veces necesaria como medio de defensa. Uno que siendo atacado por un contrario furioso y que desea matarle, se pone meramente á la defensiva, corre mucho riesgo de perecer. En la teoría de la justa defensa (*inculpata tutela*) entra hasta el derecho de matar al agresor, si no hay otro medio de salvar la vida. Claro está que aquí no hablamos de personas, ni ataques personales; sino solamente de cosas sociales y del orden moral y por via de ejemplo. Con todo no está demás advertirlo, y Dios quiera que baste y no me llamen asesino. El defender á la Iglesia de toda clase de agresiones no solamente está en la mente de la Asociacion, sino de todo católico que merezca nombre de tal. El reglamento de aquella lo dice de un modo bien terminante, y prescribe no solamente los medios de defensa y resistencia, sino tambien los

(1) Admire V. la profunda filosofía de esta frase *realizar el pan*.

de agresión al error y al mal, con la propaganda de la verdad y de la moral cristiana.

—Pero ¿será esto por ventura lo único que se indica en la frase del *catolicismo político*, ó se pretende algo más? En la política de acción que se desea ¿entrará también, no solamente lo *negativo* oponiéndose el error y al mal, sino lo *positivo* trabajando por establecer una forma determinada de gobierno, y la persona que haya de plantearla y sostenerla, y los medios lícitos para conseguirlo?

—Como V. vé, mi querido amigo, la pregunta es algo delicada, y por mi parte no solamente no la contesto, sino que ni espero la respuesta. Si tuviera tiempo y no temiera alargar demasiado esta, citaría algunos párrafos de Balmes á quien á pesar de todo no le parecía bien se vinculase el catolicismo en determinados partidos y en determinadas personas. La causa de Dios y de la Iglesia están muy por encima de esta atmósfera baja en donde hay tanto humo y tantos vapores.

Si se trata solamente de que los católicos acudan á los tribunales á reclamar contra los desafueros, á las elecciones para sacar diputados católicos, á las academias, á los *meetings* (con perdón de ustedes), á los clubs y tertulias y casinos para discutir y perorar, y á los periódicos para denunciar todos los abusos, en eso estamos conformes, y en tal concepto creo que la cuestión del catolicismo político tendrá muchos partidarios..... por lo menos teóricamente. Con una dosis regular de entusiasmo y una muy grande de paciencia, al cabo de mucho tiempo se logrará algo. Lo de las elecciones y las peroratas es quizá expuesto á lesiones orgánicas, pues los revolucionarios contra estas siete virtudes tienen siempre preparados siete garrotes, lo mismo en España que en Suiza, Italia, Alemania y otros países. Aquella fórmula de la francmasonería belga *el catolicismo ha de ser legalmente vencido ó revolucionariamente aplastado* es hoy día una cosa que los católicos no deben perder de vista. Sobre este punto darán fé los notarios de Toledo.

—Es que si la cuestión se ha de resolver por la violencia, también el catolicismo.....

Ahí, señores políticos, dispensen Vds. que les interrumpa: cuenten Vds. los cañones de acero y los fusiles de aguja que tienen, y los que tienen los revolucionarios y los enemigos del catolicismo, y despues hablaremos.

Por lo demás mi opinión en estas materias es que, aun teniendo más fusiles y más cañones, no lograríamos gran cosa, que la Iglesia no se defiende á cañonazos, que las sociedades secretas saben ha-

cer suyos los cañones y los fusiles ajenos, que el origen de todos los males y de todos los errores está en la inmoralidad, que en España antes se han pervertido los corazones que las cabezas, y que el catolicismo solamente logrará reaccionarse obrando por medios especiales suyos, espirituales y morales, y procurando la reforma de costumbres.

Esto es muy lento y tardío, esto es muy difícil y fastidioso, pero yo no veo otro seguro; y como el mejor medio de reformar á los otros es principiar por reformarse á sí mismo y dar buen ejemplo, creo que lo mejor y más seguro, conforme á los principios del catolicismo y los de la Asociación católica, es reformarse á sí mismo y frecuentar los sacramentos.

Para mí esta es la política de las políticas. En cuanto al charlar mucho de política, lo creo una de las grandes calamidades de nuestro país y de nuestra época. La politicomanía es casi siempre un gran síntoma de holgazanería, y no creo yo que el mejor modo de curar á un envenenado sea el darle más veneno.

Días pasados me decía un amigo.—No le parece á V. que se vá obrando una gran reacción en las ideas.—No lo veo, le respondí francamente: antes al contrario observo que cada vez comulga menos gente. ¡Dios me libre de católicos que no confiesan ni comulgan, y con todo eso están siempre hablando de política y de sostener la religion á garrotazos.

Dirá V., amigo mio, que esto vá parando en sermón y que yo no tengo licencias. En cambio el estilo es bastante pedestre y poco digno para tan alta enseñanza. Pero conviene que en un periódico haya de todo, y mientras ustedes hablan con seriedad y maestría, yo no hallo medio de violentar mi genio y mi estilo, y recuerdo siempre el

*Serpit humi tutus nimium timidusque procelle.*

Perdone V. el latinajo y de clásico pagano. Esto ya huele á epílogo en consonancia con el exordio. Si alguno me quiere negar la absolución por *reincidente*, recuérdeme lo de la regla 7.ª dada por los padres Tridentinos acerca de los libros prohibidos. *Antiqui vero ab ethnicis conscripti, propter sermonis elegantiam et proprietatem, permittuntur.* Perdone usted también si mis ideas en política no van del todo conformes con las que generalmente cunden hoy día. No me dirijo á nadie, ni quiero agraviar á nadie, ni tengo interés en sostener nada de lo dicho. Alejado de la política, y sin ganas de entrar en ella, digo mis opiniones sencillamente, y dispuesto á retractarlas, pero sin obligarme á aceptar las ajenas.

V. de la F.

## CRÓNICA.

Con el título de *Historia edificante* publica nuestro celoso colega de Palencia la *Propaganda Católica* una admirable conversión últimamente acontecida en dicha ciudad:

Hace un mes que personas observadoras han sospechado por ciertos pasos y señales infalibles la conversión de un pecador público de esta población. El hecho es cierto; el domingo 31 de octubre, tuvimos el gusto de ver acercarse al altar entre una multitud de niñas y personas piadosas, un hombre que hasta aquí ha llevado sobre su frente la marca de la infamia, de quien se retraían las personas honradas, y cuya vista causaba horror en unos, compasión en otros, y repugnancia en todos.

Después de muchas pruebas de arrepentimiento, después de haber echado lejos de sí todo lo que era objeto de escándalo, después de haber roto los lazos que le tenían aprisionado al crimen y a la degradación, ¡ha podido elevarse por la fé y la contrición a la categoría de los hijos de Dios. Muchos combates, graves compromisos, terribles pruebas habrá tenido que soportar con valor y heroísmo el dichoso ciego del alma mas que del cuerpo. Pero su fidelidad en corresponder a los gritos de su conciencia y su firme resolución le han hecho salir victorioso en la terrible lucha. ¡Dios le aumente la constancia y le conceda la perseverancia en su buen camino!

¿Quién ha podido cambiar radicalmente un hombre tan extraviado? Dios, que ha dispuesto suave pero fuertemente las cosas para convertir a un pecador que era un instrumento activo de corrupción para nuestra juventud.

Pero a la sociedad de Sras. de S. Vicente de Paul se debe en lo humano el principio, el medio y el fin de esta conversión. Ejerciendo el desgraciado un acto de caridad dió con una piadosa señora hija de S. Vicente, la cual impulsada por otro acto mayor de caridad habló al infeliz, y sus palabras fueron tan poderosas que traspasaron como un rayo vivísimo de luz celestial en aquel abismo de tinieblas y de obcecación: las oraciones de las demás hermanas y la solicitud de su presidente han hecho lo restante. ¡Oh señoras de la caridad! recibid las mas íntimas y acendradas gracias que la ciudad entera os dá por el inmenso servicio que le habeis hecho. Id libremente, penetrad en todos los focos de inmoralidad, y ojalá el ardor de vuestra cristiana misericordia logre purificar todos los vicios!

Este suceso se presta a muchos é importantes comentarios; pero dejamos a nuestros lectores el placer de hacerlos y la satisfacción de examinar consigo mismos los medios de consagrarse a obras semejantes de caridad y de beneficencia. Sola la moral evangélica puede aconsejar obras tan heroicas: «Hay quien dice, (son palabras de Mons. Dupanloup,) que al mandar Jesucristo que amáramos a los enemigos, pidió demasiado a la humana naturaleza; sin embargo hay todavía un amor mas grande que el amor de los que con razón ó sin ella llamamos nuestros enemigos, y que Jesucristo ha sabido inspirar; es el amor a los seres envilecidos, y algunas veces a las mas repugnantes víctimas del vicio. Acercarse con amor a los seres que el vicio ha marchitado, consagrarse a ellos, sobreponerse a esa repugnancia una mujer consagrada a la pureza, es un incomparable heroísmo que solo la caridad de Jesucristo ha sabido inspirar.»

El invierno último un misionero canadiense, que pertenecía a la congregación de los reverendos Padres de la Oblación de María Inmaculada, se encontraba en un campo de los confines mas septentrionales de la América con cierto número de salvajes cuyo jefe se disponia a ser bautizado. Un dia recibió este misionero, estando rodeado de sus queridos neófitos, un paquete de cartas que le remitieron desde el Canadá. Los salvajes, al ver derramar lágrimas al misionero cuando leia estas cartas, le preguntaron el motivo. «Es, respondió el misionero, porque esta carta me anuncia la muerte de mi padre y otras tristes noticias.»—«Pero padre, replicó el jefe; tú nos has dicho que no debemos llorar por eso, sino someternos con resignación a la voluntad del Gran Espíritu. Para darnos ejemplo, arroja algunas bocanadas de humo con este calumet.» (En las tribus salvajes se fuma con calumet para demostrar la resignación con la voluntad divina.) El misionero respondió a esta invitación, que consideró como una excelente lección, lección que le daba su inteligente catecúmeno.

Después continuó leyendo su paquete de cartas y se encontró con la Bula de convocación del concilio ecuménico. Al leerla, irradiaba de alegría su semblante, de lo cual se asombraron los salvajes. Entonces el jefe le dijo: Padre, ¿has recibido tambien buenas noticias? ¿Qué es?—La buena noticia que he recibido, dijo el misionero, es que el gran Gefe de la oración, Pio IX, llama a su lado a todos los demás gefes de la oración.—¿Cómo se llama este gran Gefe de la oración?—Pio IX.—¿Soy yo digno de pronunciar este nombre del gran Gefe de la oración?—Sí, puedes pronunciarle.

Entonces el jefe de la tribu se levantó, y con una extraordinaria expresión de respeto repitió dos veces: ¡Pio IX! ¡Pio IX! Después, dirigiéndose a los demás de la tribu: «Levantaos, les dijo, y decid: ¡Pio IX!» Esta escena conmovió al misionero, que no queriendo hacer menos que sus buenos neófitos, besó en su presencia con profundo respeto el nombre impreso de nuestro inmortal Pontífice. Lo mismo hicieron todos los salvajes, manifestando sentimientos que la pluma no puede reproducir.

Nuestro misionero se puso en seguida a explicar a los salvajes las razones por las cuales el Gran Gefe de la oración llama a su lado a todos los demás gefes, y como insistiese sobre la intención que tenia el Papa de remediar los crímenes de toda clase que desolan al mundo, el jefe de la tribu, levantando los ojos al cielo hizo esta breve pero enérgica deprecación: ¡Oh grande Espíritu, concede a Pio IX el buen éxito de todos sus designios!

Hay pues hasta en los países bárbaros y salvajes almas que comprenden, corazones que sienten, voces que proclaman la gran misión que va a cumplir pronto el augusto jefe de la santa Iglesia.

Una carta enviada a la *Semaine religieuse* de Nimes por el abate Galereau, misionero apostólico residente en Lanherne, condado de Cournailles, nos da a conocer los rápidos progresos que el catolicismo está haciendo en aquella población. El digno sacerdote consigna en su carta que los protestantes no solo intervienen en las funciones de su parroquia, si que aun se muestran recogidos y devotos durante la celebración de la santa misa, y escuchan con atención la divina palabra. Pero todavía hay mas. Un buen número de ellos toman parte en el *Via-Crucis*, en el *Mes de María*, etc., y no faltan muchas jóvenes protestantes al *Rosario* de Nuestra Señora en el cual responden a coro, y los jóvenes de su misma comunión piden formar parte del coro de la parroquia en los domingos y demás dias festivos. Por último, el parroco ya no teme ir a acompañar públicamente los difuntos al cementerio, y revestido de sus insignias sacerdotales, en un país en que solo hace veinte años su sencilla sotana hubiera escitado las demostraciones mas hostiles.